

UNA ENTREVISTA CON SHULAMITH ALONI

EDWARD GROSSMAN

Edward Grossman, escritor y periodista, ha publicado ensayos, artículos y críticas en *Commentary*, *Midstream* y otras revistas. Actualmente vive en Jerusalén.

Tomado de Response - Nº 21 - Primavera 1974.

La Guerra de Yom Kipur, al estallar sorpresivamente el 6 de octubre, obligó a los israelíes a postergar las elecciones nacionales que debían celebrarse el 31 del mismo mes. Cuando por fin pudo realizarse el sufragio el último día del año —en las ciudades, los *kibutzim* y en las líneas del frente— muchos admitieron, al conocerse los resultados, que la revelación más inesperada y extraordinaria había sido la del Partido por los Derechos Ciudadanos, encabezado por Shulamith Aloni. El nuevo partido, al conquistar tres escaños en la Knesset, pasó a ser, de la noche a la mañana, una fuerza significativa dentro de la escena política israelí.

Aloni era famosa en el país ya antes de la campaña electoral. Durante la década del sesenta puso en el aire un programa radiotelefónico titulado "Fuera de Horas de Oficina", que contó con la audiencia más numerosa de la radiotelefonía israelí. Consagrado a denunciar el soborno y el peculado, a hostigar a los burócratas, a entrevistar a personas con problemas y dificultades de toda índole —inmigrantes, amas de casa, consumidores, prostitutas— y a responder a través de la radio las consultas de su público —el programa era visto con malos ojos por el oficialismo y terminó siendo levantado por la radioemisora (de monopolio estatal). Mientras tanto, Aloni había empezado a participar de la vida política del país. En 1965 su nombre figuró en la lista de candidatos del Partido Laborista, a la sazón en el gobierno, y ocupó una banca en la Knesset; era el miembro más joven del parlamento israelí. Durante ese primer período demostró tan poca disciplina partidaria que en 1969 se le rehusó un puesto "seguro" en la lista, principalmente a instancias de Golda Meir, que en aquel entonces se desempeñaba como Secretaria General del partido.

Aloni había caído en desgracia con la señora Meir al criticar públicamente sus métodos "no democráticos". También había exasperado y enfurecido a los rabinos miembros de la Knesset con sus ataques al monopolio ortodoxo del matrimonio y el divorcio en Israel y hasta incurrió una vez en la rara maldición talmúdica: "Ojalá la boca se te llene de polvo". La situación de la mujer en Israel, decía, es intolerable; y lo sigue diciendo. Aunque nunca se consagró exclusivamente a la lucha por el feminismo, el problema de las mujeres ha constituido a menudo el tema fundamental de muchas de sus polémicas con lo que ella denomina el "Establishment", no sólo en la Knesset, sino también en los célebres juicios en que actuó como defensora de las mujeres querellantes.

Durante el período comprendido entre 1967 y 1973, Shulamith Aloni fue editorialista del *Yediot Aharonot*, el diario de mayor circulación en Israel, publicó artículos y libros sobre la situación de la mujer, incitó la opinión pública en favor de la reforma de la ley sobre el aborto y la igualdad de salarios por igualdad de trabajo. Aún confiaba figurar en la próxima lista, pero ante la oposición de la Primer Ministro, en setiembre de 1973 se desafilió del Partido Laborista y decidió organizar su propio partido. La plataforma del Partido por los Derechos Ciudadanos incluía (antes y después de Yom Kipur) entre otros los siguientes puntos: el retiro de las tropas israelíes acantonadas en las líneas de alto el fuego desde 1967; negociaciones con los árabes; reconocimiento de los "derechos de los palestinos"; elecciones municipales y nacionales directas; matrimonio y divorcio civiles; una constitución escrita y la protección del consumidor y de las riquezas naturales. Aloni y sus seguidores presentaron su petitorio y depositaron los derechos de inscripción justo a tiempo para poder intervenir en las elecciones. Trabajando a puertas abiertas en una destartada oficina de Tel Aviv, alcanzaron un triunfo electoral jamás logrado en Israel por ningún otro partido desortor, con excepción del Rafi de David Ben Gurion.

Aloni fue entrevistada en la sede de la Knesset, en Jerusalén, inmediatamente después de prestar juramento junto con los otros ciento diecinueve miembros, entre los que se contaban Golda Meir y Gueula Cohen, una escritora y periodista de cierto renombre en el país, ex "terrorista" y actualmente miembro del bloque opositor de derecha "Likud". La orden del día prevista para la sesión consecutiva a la jura consistía en un debate sobre los términos de la resolución gubernamental relativa al retiro de las tropas acantonadas al otro lado del Canal de Suez y la participación de Israel en las conversaciones de Ginebra. Durante la ceremonia, la figura de Aloni, con su cabellera rojiza y su larga túnica roja ceñida al talle por una ancha franja estampada en colores, contrastaba con el negro sobre de los rabinos en la inmensa sala de sesiones. La entrevista fue interrumpida una y otra vez por miembros de la Knesset de distintos partidos políticos que acudían a presentar a Shula sus calurosas felicitaciones. Muchos de los que más de una vez la tildaron de "moscardón", "incendiaria", "estorbo" o "bruja", ahora la cortejaban.

P. ¿La sorprendió el éxito de su partido en las elecciones?

R. Sí y no. Antes de la guerra suponía que nuestro triunfo sería aún mayor. Durante las giras de la campaña electoral, la forma en que el público nos respondía era asombrosa. Después, la guerra de Yom Kipur nos eclipsó por algún tiempo. Nadie tenía otros pensamientos que los de la guerra y la paz, todo lo demás quedaba postergado. Nadie quería ocuparse de los problemas del gobierno, los derechos humanos y así sucesivamente. Pero nosotros decidimos seguir adelante. Lo cual significaba hacer valer nuestra presencia aún en esa encrucijada entre la guerra y la paz. Proseguir nuestra lucha por las cosas en que creemos: contra el papeleo y la burocracia, por un sistema mejor, por una constitución escrita, por la vi-

gencia de la ley y en contra de la "cuña". Y las cosas empezaron a tomar color. Creo que de haber contado con dos semanas más hubiéramos conseguido otro par de bancas.

P. ¿Quiere decir que de no haber estallado la guerra de Yom Kipur ustedes tendrían ahora cinco representantes?

R. Sí. Más aún, si las elecciones se celebraran hoy, podríamos incluso conseguir otras dos bancas, porque ahora la gente está empezando a recobrar la sensatez. Empieza a comprender que debemos seguir viviendo. Y para ello necesitamos contar con un gobierno viable.

P. En otras palabras: ¿la guerra creó una situación artificial que perjudicó a su partido?

R. Sí.

P. ¿Pero no le parece que el estado de guerra es lo normal en Israel? Es decir, no una guerra-guerra, sino incidentes crónicos en las fronteras, estallidos dispersos, bajas.

R. Sí, eso ocurrió durante mucho tiempo. La gente lo sabía, sabían que éramos un país pequeño y siempre amenazado y actuaba de acuerdo con esa situación. Sin embargo, durante cierto período, antes de esta última guerra, lo olvidamos. Vivimos una felicidad quimérica, en una especie de limbo. Aún hoy quedan vestigios visibles, palpables de ese estado de cosas. Muchos israelíes, por ejemplo, cuando hablan del territorio egipcio que hemos ocupado, no dicen "Egipto" sino "África", o la bíblica "Tierra de Goshen". Entiendo que a un norteamericano todo esto puede sonarle a bla bla bla, pero para mí significa alejarse de la realidad y empezar a pensar en Israel como un gran imperio o algo por el estilo.

P. Sin embargo, durante ese absurdo período de "felicidad quimérica", entre la Guerra de los Seis Días en 1967 y la de Yom Kipur, se prosiguió con el reclutamiento, hubo muertos y...

R. Es verdad. Siempre hemos vivido en pie de guerra. Fíjese, por ejemplo, en la generación a que yo pertenezco. Cada día quedamos menos, y no por mala salud ni por vejez, sino porque nos ha tocado vivir cinco guerras. Y esta vez los camaradas de armas fueron sus propios muchachos, nuestros propios hijos. Yo tengo dos hijos en el ejército. Siempre hemos estado en guerra. Pero antes, cuando salíamos a pelear, teníamos la sensación de que lo hacíamos en defensa propia. En el período que precedió a Yom Kipur nos olvidamos de eso. Nos olvidamos de que vivíamos en un país pequeño, y que nuestro recurso principal es el individuo, el ser humano: su calidad, su habilidad, su lealtad, su modestia. Empezamos a actuar como si fuésemos una especie de imperio. Fíjese la forma en que hemos utilizado la mano de obra barata de los árabes. La forma en que nos hemos comportado en los territorios ocupados. Creo que hoy en día estamos volviendo a la realidad; no todos, sin embargo.

P. ¿Quiénes son los que no están volviendo a la realidad? Y en particular ¿piensa que en Israel las mujeres tienen frente a la guerra, el militarismo y el ejército una actitud más saludable que la de los hombres?

R. Creí que usted pertenecía a una generación que ya no divide a los seres humanos en esa forma. ¿Cómo puede hablar así de las mujeres?

P. Era una pregunta-sonda. En Estados Unidos, se da cuenta, hay mujeres, y también hombres, que hacen la división. Y aseguran confiar que las mujeres, cuando intervengan en política, cuando tengan mayor gravitación en la cosa pública, serán menos proclives a cometer los pecados que, ya nadie lo discute, los hombres han cometido reiteradamente.

R. Yo no lo creo. Fíjese, por ejemplo, en Indira Ghandi, una primer ministro, Golda Meir, otra primer ministro; y en ambos países hubo necesidad de guerra, o al menos creyeron que la guerra era necesaria, y entonces hubo guerra. Y sin embargo, la cabeza del gobierno era una mujer. Pienso que esa discriminación es estúpida e injusta para los hombres, injusta para las mujeres, injusta para la humanidad. Sé que hay gente que la hace. Sé que, como madre, me opongo con alma y vida a la guerra, pero sé que también hay un padre que comparte tales sentimientos. Naturalmente, hay hombres y hombres, madres y madres: los hay comprensivos y amantes, los hay fríos e insensibles. Pero cada uno de ellos es un caso aparte, no es posible generalizar.

P. ¿Cree usted que hay en Israel gente que disfruta con la guerra? No con el sufrimiento que produce, quizá, sino con toda la pompa que la acompaña: los uniformes, los desfiles, las armas?

R. Claro que sí. Hay mucha gente que disfruta con la guerra. Aquí tenemos todas las supersticiones y tradiciones previsibles. Hay muchos hombres que se sienten más viriles cuando visten un uniforme. Se prestan al juego. En sus rostros se refleja lo que sienten. Pero también tenemos el tipo de mujer que se pone de pie y grita frenética las místicas consignas misionales del nacionalismo. Gueula Cohen, por ejemplo...

P. ¿Qué puede decirme a propósito de las fracciones entre su partido y algunos de los grupos ortodoxos cuya influencia ustedes procuran reducir?

R. Yo no los definiría como odio. De todos modos, en lo que a mí me atañe, no es una cuestión puramente emocional. Cuando critico a los grupos religiosos es porque ellos pretenden ejercer una coerción religiosa, y yo creo en la democracia. Según ellos, todos nosotros debemos vivir de acuerdo con una legislación que encarne la palabra de Dios transmitida a Moisés hace tres milenios. Eso me convertiría —me convierte— en una ciudadana de segunda clase, porque soy mujer.

P. El resultado de las elecciones demuestra que cuenta con el apoyo de muchos. ¿Quiénes son?

R. La mayoría jóvenes, casi todos educados. Es decir, han ido a la escuela — porque se puede ser “ignorante” y a la vez educado. La mayor parte de la gente que nos votó ha cursado por lo menos estudios secundarios, digámoslo así. La mayoría son *sabras* — israelíes nativos, no inmigrantes. Aunque también me votaron los inmigrantes de los países llamados “anglosajones” — Estados Unidos, Sudáfrica. Ellos comprenden mejor que los demás qué es lo que me propongo al exigir una constitución escrita, protección del consumidor, derechos civiles, igualdad entre los sexos. Comprenden lo que quiero decir porque vienen de países democráticos. Además, estoy convencida de que nos votaron más hombres que mujeres.

P. ¿Y eso a qué se debió?

R. Trataré de ser más concreta. Las mujeres que poseen una educación formal, las que trabajan fuera del hogar, esas me votaron sin duda. Pero en Israel hay todavía legiones de mujeres a quienes mi plataforma asusta: no sólo igualdad de derechos, sino también de responsabilidades. Un ama de casa puede pensar que al votarme arriesga su supuesta “situación privilegiada”.

P. ¿Piensa usted que hubo alguna época en Israel, o quizá antes de la creación del Estado, en que las mujeres gozaban de una situación más favorable que la actual, tanto desde el punto de vista de la auto-estima como desde el punto de vista de su situación legal?

R. No lo pienso, lo sé positivamente. Se perdieron muchas conquistas, hubo múltiples retrocesos. Y las propias mujeres no dejan de tener su parte de culpa. Pero buena parte de esa culpa recae sobre los hombros de la nueva sociedad, la sociedad de la opulencia, con su comercial lavado de cerebro. También es culpable la élite de los fundadores. Por haber abdicado de su compromiso moral. Los pioneros claudicaron, comenzaron a cantar loas a las virtudes de la *Idishe Mame*, cuya misión consiste en ser primordialmente una buena esposa para su marido y en segundo lugar echar hijos al mundo, cuantos más, mejor. Y además, es preciso tener en cuenta nuestro trauma demográfico. Como si yo, yo o cada una de nosotras, las mujeres, tuviese diez hijos, o diez hijas; entonces igualaríamos numéricamente a los árabes. Insensateces de esta índole, mezcladas con el sentimentalismo de que se rodea la imagen de la *Idishe Mame*, malograron buena parte de las conquistas que los primeros socialistas y feministas lograron para las mujeres. Por eso siento tanta admiración y gratitud por Philip Roth, por haber mostrado una imagen más real de este tipo de madre.

P. ¿También en Israel hay Sophies Portnoy?

R. Las conozco personalmente.

P. ¿No le parece que su análisis no es demasiado realista en el caso de las mujeres de los kibutzim? Al parecer, ellas han renunciado voluntariamente a la igualdad, insisten en ocuparse de sus propios hijos, quieren tener salones de belleza, etc.

R. El kibutz es parte integrante de la sociedad israelí y ha soportado el mismo tipo de revolución, al pasar de una sociedad pobre y puritana —puritana en el mejor sentido— a una sociedad relativamente opulenta basada en la compra-venta de bienes de consumo. La prensa, la TV, la radio, atraviesan los muros de todos los guetos que en un tiempo pudieron aislar a los kibutzim del resto de la sociedad. En los últimos años los medios masivos de difusión han estado fomentando un estilo de vida muy semejante al que se promovió en los Estados Unidos durante la década del cincuenta: sea una muñequita, sea bonita, etc. El kibutz no es inmune.

P. Algunos diarios hebreos, durante la guerra, publicaban avisos que decían: “Sea bonita para él. El lo merece”. ¿Vio usted esos avisos?

R. No recuerdo haberlos visto. Me bastó ver en los programas de televisión a las muchachas del ejército maquillándose y cepillándose el pelo en lugar de dedicadas al trabajo como un soldado cualquiera.

P. Si la situación debe mejorar, no creo que se gane nada retrocediendo en el tiempo, lo cual es imposible. ¿No le parece? Nadie quiere volver a vivir en un país pobre.

R. Es cierto. De todos modos, eso de “los buenos tiempos de antes” es sólo un mito. Nunca hubo verdadera igualdad, ni antes ni ahora. Pero el grupo dirigente era distinto. La élite era otra, la gente que uno trataba de emular, de seguir. En años recientes, aspiramos más bien a poseer un automóvil más grande, un departamento más cómodo, lujos.

P. ¿Quiere decir que la posibilidad de mejorar la situación consiste siempre en educar, en predicar con el ejemplo?

R. Siempre he creído en la educación por sobre todas las cosas. En ciertos aspectos, no basta escribir un artículo diciendo... bueno, yo lo hice, escribí un artículo. Hay cosas que es preciso machacar una y otra vez. Para algunos, eso se llama propaganda. Para otros, educación. A mi entender, la diferencia estriba en la forma. Detesto la propaganda. Creo en la educación que en esencia consiste en plantear y replantear interrogantes una y otra vez.

P. ¿Quiénes son más permeables a ese método?

R. Cuando doy conferencias, si me dan a elegir, siempre prefiero las escuelas secundarias, las universidades, el ejército. Dirigirme a la gente mayor es perder el tiempo.

P. ¿Cómo la reciben los jóvenes?

R. Muy bien.

P. ¿También ellos polemizan con usted?

R. Sí, pero entre nosotros existe un entendimiento básico, una simpatía. Siempre discutimos, pero con un espíritu muy sano. La discusión es útil,

por supuesto, pero es preciso partir de lo siguiente: ¿se entienden entre ustedes? ¿se sabe qué es lo que se está discutiendo, en qué términos se plantea la discusión? En cambio, cuando hablo con Golda Meir u otros de su misma generación, aunque usamos el hebreo, es como si hablásemos idiomas diferentes. Empleamos palabras diferentes, con connotaciones distintas, creemos en cosas diferentes. Es un abismo imposible de salvar. Con los más jóvenes, desde luego, existen discrepancias, pero sabemos qué es lo que se discute. Y en ellos encuentro una amplitud de miras que sus padres y abuelos no poseen.

P. Después de Moshe Dayan, Golda Meir es probablemente la figura israelí más famosa en el mundo actual. Recientemente una encuesta Gallup la consagró como la mujer más admirada. ¿Cree usted que todo esto conduce al equívoco, sobre todo en lo que atañe al lugar y la función de la mujer en Israel?

R. Por cierto que sí. No se debería tomar como punto de partida el caso de Golda Meir para generalizar diciendo que en Israel las mujeres están liberadas. Una vez más viene al caso el ejemplo de la India. No es un paralelismo exacto, pero es bastante aproximado. No me dirá que las mujeres de la India están liberadas porque la señora Ghandi es primer ministro ¿verdad?

P. ¿Surgió Golda Meir de una generación de mujeres más liberada que las subsiguientes?

R. No. Golda Meir fue, es, sencillamente excepcional. No una mujer extraordinaria, sino tan sólo una excepción. Siempre hay a nuestro alrededor mujeres así.

P. ¿Qué analogía ve usted entre el movimiento femenino que hoy puede existir en Israel y lo que sabe acerca del movimiento norteamericano?

R. Aquí tenemos problemas diferentes. La mujer israelí es, en cierto sentido, más madura, pero en cambio es menos lúcida para comprender sus problemas que la norteamericana. Para hacerle creer que ya goza de igualdad, se le ha practicado un lavado de cerebro. Por lo general, la gente que responde a las expectativas de la sociedad vive satisfecha consigo misma, aunque el maestro sea un imbécil y lo que dice, insignificante. La gran mayoría de las mujeres de Israel tienen la sensación de haber hecho lo que se esperaba de ella. Por eso muchas dicen estar contentas, y quizás lo estén de verdad, con lo que les ha tocado en suerte.

P. Habla de ellas como si fueran necias.

R. Puede ser. Pero escuche, en los últimos tiempos las cosas han empezado a moverse, a agitarse. La guerra significó para las mujeres un verdadero sacudón. Descubrieron que no eran necesarias, que no se las utiliza, que no se las prepara para actuar en situaciones de emergencia. Que lo único que se espera de ellas es que cocinen y tejan gorros. En plena guerra escribí para mi columna un artículo sobre este tema, preguntando por qué

no se enseñaba a las mujeres a hacer cosas más útiles, como manejar camiones y autobuses. Bueno, otros escribieron otros artículos y ahora existe una curso para conductoras de autobuses.

P. ¿Hasta dónde le gustaría secularizar la ley?

R. No pretendo interferir con la ley religiosa, no quiero dictar normas a los ortodoxos. Es su juego. Y quienes creen en él, que lo jueguen, eso no es cosa mía. Lo que quiero es introducir junto al matrimonio religioso el casamiento civil. El que lo desee estrictamente ortodoxo, que lo disfrute. Creo en la libertad de conciencia. La gente que cree saber lo que "Dios quiere" y creyéndolo es feliz, allá ella.

P. ¿Seguirá Israel siendo un Estado judío si se implantan tales reformas?

R. No creo que eso dependa de una legislación. No es posible desarrollar o preservar una cultura utilizando una legislación y por lo tanto la fuerza pública para imponerla. Israel dice ser una democracia. ¿Cuál es el deber del gobierno y de la ley en un país democrático? Permitir que cada uno viva de acuerdo con sus ideas. No quiero que el gobierno se inmiscuya en eso ni en mi forma de vida. Israel es, en todo caso, un Estado judío. Hablamos en hebreo, vivimos aquí, estudiamos la Biblia, aprendemos la historia de nuestro pueblo en esta tierra, nos remontamos hasta nuestras raíces convirtiéndonos en arqueólogos aficionados. Pero la vida, la historia son dinámicas y deben cambiar. No me es posible aceptar que a todos nosotros se nos obligue a vivir de acuerdo con una ley estructurada hace tres mil años, y quizá excelente para su época. Sea como fuere, no creo que el judaísmo sea pura y simplemente la suma total de sus leyes. Para mí el judaísmo es una ética y una moral social, no la mera observancia obligatoria de los ritos.

P. ¿Existen aquí leyes contra la homosexualidad?

R. Por supuesto. Aquí tenemos las mismas leyes anacrónicas que estuvieron vigentes en Inglaterra algunas generaciones atrás.

P. Pero aquí emana de preceptos y prohibiciones religiosas.

R. No. Es parte del código criminal que tomamos de los ingleses, durante el mandato que ejercieron en toda Palestina, antes de la creación del Estado.

P. ¿También está usted en favor de la reforma de esas leyes?

R. Sí. En este terreno, naturalmente, tendremos que vérnoslas con los grupos religiosos, pero creo que debemos eliminar de los códigos esas leyes. El Estado no tiene por qué inmiscuirse en la vida privada y personal de los adultos.

P. ¿No planteará esto un problema singularmente espinoso?

R. Mire, ya se propuso una vez y la respuesta del Establishment no religioso fue la siguiente: "Bueno, ahora estamos en guerra ¿cómo se atreven a proponer semejante cosa en un momento como éste?"

P. ¿No se trata, por casualidad, de uno de esos pretextos buenos para todo servicio?

R. Exactamente. Lo utilizaron en el caso del control de la natalidad, de la planificación familiar, para todo.

P. Entonces, es un pretexto gastado. ¿Cree que todavía lo seguirán utilizando durante mucho tiempo?

R. Me temo que sí. En nuestros días, la guerra, pese a haber provocado algunos cambios, también ha contribuido a dar nueva vigencia a ese pretexto, a los ojos de muchos. Se procurará posponer el análisis de todos aquellos problemas personales que puedan suscitar controversias. "No es el momento oportuno para plantearlo", dirán.

P. ¿Qué sucederá si en la Conferencia de Ginebra se firma la paz o por lo menos algún tipo de acuerdo?

R. Bueno, en tal caso las perspectivas serán buenas, una verdadera apertura.

P. ¿Qué nación del mundo es para usted el ejemplo de sociedad liberal y liberada, no sólo en lo que concierne a la igualdad entre hombres y mujeres sino en cuanto a los derechos del consumidor, la ecología, etc.?

R. Admiro a Noruega, Suecia y Dinamarca. Son buenos ejemplos para Israel, teniendo en cuenta las dimensiones del país, sus fuentes o su carencia de recursos económicos.

P. Y entre los países que no han tenido paz durante ciento cincuenta años y que no tienen una población tan homogénea ¿de cuál, según usted, Israel podría tomar ejemplo?

R. ¿En qué país está pensando?

P. Bueno, quizá pensé en los Estados Unidos.

R. Bien, en mis charlas suelo citar el ejemplo de los Estados Unidos pero francamente, creo que en esto debemos actuar con suma cautela. Los Estados Unidos son demasiado grandes, demasiado ricos, demasiado complejos; están demasiado abrumados por sus problemas para que podamos aprovechar con ventaja sus enseñanzas. Lo que considero admirable y creo que en esencia deberíamos copiar es su Constitución y su Declaración de Derechos, la conciencia que el ciudadano común tiene de esos derechos y la prontitud con que recurre a los tribunales para hacerlos valer. Eso me gustaría imponer aquí. Pero las diferencias entre su país y éste son inmensas. Dentro de dos años los Estados Unidos cumplirán doscientos años de vida. Nosotros apenas acabamos de cumplir veinticinco. Poseemos una población formada por emigrantes de ciento dos países diferentes, en su mayoría del Este de Europa y del Medio Oriente, donde no existe una tradición constitucional de derechos humanos ni de ciudadanía. Soy optimista, pero sé que pasará algún tiempo, quizás muchos años.

P. ¿Qué le gustaría hacer en el futuro inmediato, en los próximos años?

R. Implantar una legislación más adecuada. Es la razón por la cual estoy en el Parlamento.

P. ¿Y al mismo tiempo tener paz? Porque usted piensa que la paz es un sine qua non para el éxito de su programa.

R. La paz es la clave, lo esencial, la meta más importante. ¿Qué se puede hacer sin paz? Mi generación se va extinguiendo lentamente, muchos fueron muertos; de los chicos con quienes yo jugaba ¿cuántos siguen con vida? No quiero que a mis hijos les toque vivir la misma experiencia. Esta es la razón por la cual, aunque critico al gobierno y al sistema, puedo adherir a la coalición, porque Israel debe concurrir a la Conferencia de Ginebra lo más unida posible en el anhelo de lograr la paz por todos los medios a su alcance. Por esa paz debemos luchar y trabajar. La paz es lo esencial.